

SARMIENTO Y SU FACUNDO

Juan Jacobo de Lara



LA obra cumbre literaria de Domingo Faustino Sarmiento, el gran argentino del siglo diez y nueve, fue y sigue siendo su “Facundo: Civilización y Barbarie” —pues a pesar de que en su prolífica y larga carrera escribió mucho más y con mucho mayor cuidado, nada superó esta obra de su juventud. Fue la obra de sus apasionadas convicciones, fogosidades, rebeldías y entusiasmos primeros. Por lo mismo de haber sido escrita con espontaneidad y sin pulimento, contiene la fuerza dinámica y luchadora de Sarmiento en todo su apogeo.

Sarmiento (1) fue hombre de pensamiento, palabra, pluma y acción. (2) Según Pedro Henríquez Ureña:

“A su propio período inicial pertenecen sus tres libros mejores, Facundo, Recuerdos de provincia, Viajes. Están sólidamente contruidos; los escribió de prisa, pero concibió su estructura íntegra y armoniosa desde el principio. Hechos y teorías, en ellos, marchan de la mano. Todo hecho que observa —y observa mucho— está siempre,

implícita o explícitamente, en relación con un amplio y coherente sistema de ideas. Todo lo que atrae su atención lo espolea a pensar.” (3)

Su *Facundo* no es precisamente una novela, ni es sólo una biografía, ni es un tratado, sino todo eso junto y muchas cosas más: es una colección de ensayos, más bien un ensayo fabuloso que encierra artículos de costumbres, literarios, políticos, históricos y sociológicos. Además, el Juan Facundo Quiroga de la historia antes que nada es un gaucho, es el precursor del gaucho como sujeto literario. Sarmiento, pues, fue el precursor de lo que se denomina la novela gauchesca.

Por encima de todo, se impone en la obra de Sarmiento su filosofía, su entusiasmo furioso por la libertad y la democracia. Si el primer tema, y el más importante, del *Ensayo Hispanoamericano* es la libertad, también lo es de Sarmiento. La libertad, simbólica e ideológicamente, no es para Sarmiento sólo un concepto sino un hecho práctico indispensable. El subtítulo de *Facundo* nos revela su otra obsesión: la pugna y rivalidad entre la ciudad y el campo— entre la Civilización y la Barbarie.

Ya desde las primeras páginas de *Facundo* (4) delinea Sarmiento esta parte de su tema: el contraste entre civilización y barbarie:

“La ciudad es el centro de la civilización argentina, española, europea; allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos. (5)

A las ciudades del interior:

“El desierto las circunda a más o menos distancia: las cerca, las oprime; la naturaleza salvaje las reduce a unos estrechos oasis de civilización enclavados en un llano inculto de centenares de millas cuadradas (en Argentina) apenas interrumpido por una que otra villa... (6)

Y en cuanto al habitante de esa pampa inmensa:

“La vida del campo, ha desenvuelto en el gaucho las facultades físicas, sin ningunas de las de la inteligencia. Su carácter moral se resiente de su hábito de triunfar de los obstáculos y del poder de la naturaleza; es fuerte, altivo, enérgico. (7)

Para juzgar a Sarmiento y a su Facundo hay que tener presentes dos cosas: primero, quién y qué era Sarmiento, y segundo, cuándo y cómo escribió a Facundo. Domingo Faustino Sarmiento nació con más genio que abolengo y se educó por su cuenta, con más ahínco que disciplina. En una descripción de sí mismo, él se catalogó de bravo, fuerte, luchador, estoico y sincero. En verdad que poseía esas virtudes y muchas más, y dedicó su vida a perseguir sus ideales de libertad y democracia, de civilización y progreso para su país y para toda la América meridional.

A pesar de poseer solamente una cultura rudimentaria y de faltarle una educación académica, o tal vez por eso mismo, dedicó Sarmiento una gran parte de sus esfuerzos a implantar y hacer avanzar un sistema de educación en la Argentina. A pesar de haber sido catalogado como un bárbaro genial de ignorancia crasa en que lo grandioso y lo vulgar se manifiestan a relámpagos, Sarmiento fue un genio, un genio de muchas facetas que sobresalió igualmente como escritor, educador y estadista.

Sin llegar a ser un pensador, sino más bien improvisador, y habiéndole faltado en su preparación el período clásico del siglo anterior, el período de los diccionarios y las enciclopedias, Sarmiento fue fundamentalmente un típico romántico de su época. Se le acusa de no haber avanzado ni con los años ni con los tiempos, y que aún después de cuarenta años de la más prolífica carrera literaria seguía exponiendo las ideas de su juventud, seguía siendo romántico y desorganizado y poseía la misma violencia impulsiva y exaltada. Pero Henríquez Ureña dice que Sarmiento:

“sobresale entre todos sus contemporáneos de la América

española como escritor de genio, por su fertilidad de ideas, su vivacidad de imaginación y su riqueza expresiva." Y sobre Facundo, que es una "soberbia descripción de la vida social y política de la Argentina, con penetrante inquisición sobre las causas y atrevida predicción sobre su porvenir inmediato." (8)

Aún muy joven y debido a sus ataques al tirano Rosas, escapó Sarmiento al destierro en Chile, destierro que duró quince años, pero quince años muy fructíferos en su labor periodística y literaria.

"En Chile provoca las célebres polémicas con don Andrés Bello, temperamento y espíritu opuesto al suyo, que dominaba el ambiente cultural de la época; la polémica engendra la célebre generación del 42, importantísima en la historia de la literatura chilena." (9)

"Sarmiento y Bello representan, para nosotros, en el siglo pasado, poderosas corrientes antagónicas que significan posibilidades espirituales de organización de la cultura americana. Bello aporta la serenidad de la tradición clasicista, quizá demasiado atenta a lo gramatical y normativo; Sarmiento, indisciplinado e incorrecto, caprichoso e instintivo, opone a aquella doctrina su pasión, el espíritu de libertad renovadora. En el año 1842 se enfrentan estas dos concepciones..." (10)

El movimiento literario que nació entonces, iniciado por dichas polémicas, sirvió de estímulo a las ideas y las letras de la época en la América Hispana. Esos años jóvenes, fructíferos, bajo el amparo de paz y libertad que presta el destierro, sirvieron de estímulo al mismo tiempo al carácter y a las facultades de Sarmiento. Entonces comienza a batir las alas de sus ideas y convicciones. Entonces escribe *Facundo: Civilización y Barbarie*, del cual dice Henríquez Ureña:

"Este libro poderoso es la obra maestra de su tiempo en

América. Ha sido la obsesión de muchos lectores cuya preocupación esencial es el problema de las causas y los remedios de los males que ha padecido y padece la América española.” (11)

Como un cuadro de costumbres, Facundo es una obra maestra de verdad. Es una colección de ensayos en que el elemento costumbrista alcanza maravillosa intuición, que llega hasta lo psicológico en su exposición de los dos mundos en lucha: la civilización de la ciudad y, sobre todo, la barbarie del campo. Predominante en tal barbarie el caudillismo, el gauchismo en que la astucia y la fuerza se imponen. Sarmiento presenta a Facundo como el caudillo gauchesco característico, sin control ni racionalismo alguno, guiado sólo por su naturaleza e instinto, durante su fabulosa carrera de triunfos brutales, los triunfos efímeros del despotismo gauchesco de la pampa fronteriza contra el despotismo cultivado (civilizado) de la ciudad. Herencia, este último, del despotismo monárquico de la colonia.

La historia biográfica de Juan Facundo Quiroga puede reducirse a pocas palabras, pero de las fuerzas que le empujan y de sus efectos pueden escribirse muchos volúmenes. Nació Facundo, de familia pobre, en La Rioja. Recibió nuestro héroe la limitada instrucción de una escuelita de pueblo; desde muy joven se lanzó a la vida violenta del peón, del gaucho, del militar. Desde el primer momento manifestó Facundo ser “un tipo de la barbarie primitiva... el hombre bestia aún, sin ser por eso estúpido... Incapaz de hacerse admirar, o estimar, gustaba de ser temido.” (12) Pronto fue conocido y temido en La Rioja. Aquí termina la historia de La Rioja. “Lo que sigue es la historia de Quiroga.” (13) Lo que sigue es la historia del progreso triunfal y cruel de Facundo Quiroga después de haber dominado su provincia y de dirigir sus fuerzas y sus maquinaciones contra las ciudades que, instintivamente, odiaba. Ese odio lo hace avanzar, a todo costo, en la dirección del mismo Buenos Aires que ejerce la fascinación del odio supremo, del enemigo poderoso, en la mente de Facundo. Tal vez él mismo hubiera racionalizado sus intentos en:

“que las provincias (con él al mando) vendrían un día a castigar a Buenos Aires por haberles negado su influencia civilizadora, y (como pasó en Roma hace muchos siglos con los bárbaros germánicos) que, a fuerza de despreciar su atraso y su barbarie, ese atraso y esa barbarie habrían de penetrar en las calles de Buenos Aires, establecerse allí y sentar sus reales en el fuerte.” (14)

Facundo vivía, como el tigre, siempre en acecho y dispuesto al ataque. Pero como el otro “Tigre de los Llanos” cayó él al fin, víctima de un asalto alevoso y calculado que puso fin a su espectacular carrera. Y aquí termina la historia de Juan Facundo Quiroga —pero no la del ensayista Sarmiento, que después de algunos párrafos o tal vez páginas, nos dice con suave sarcasmo: “Si el lector se fastidia con estos razonamientos, contaréle crímenes espantosos.” (15) Y procede a contarnos mayores horrores que los que nos había intercalado en las páginas anteriores. Y cuando creemos que nos ha regalado con el horror máximo, exclama, como si aquello no fuera nada: “Pero hubo un día de terror glacial que no debo pasar en silencio.” (16) La historia entera de un Facundo Quiroga es, como la cuenta Sarmiento, de un terror glacial, pero a poco inyecta el mismo Sarmiento una nota de optimismo, un rayo de esperanza: “Pero no hay males que sean eternos...” (17)

Cuando Sarmiento se desvía de su tema y nos ofrece algunas de sus magistrales descripciones, sean de costumbres o sean del paisaje, es como si nos brindara un vaso de agua fresca en medio de la jornada candente de su narración de Facundo Quiroga. Así comienza el libro mismo, con una (a manera de ensayo) descripción geográfica de la Argentina. Introduce al pueblo argentino como “poeta con carácter, por naturaleza” y hasta ilustra su tema con versos. Versos prestados, pues que Sarmiento no tuvo don de poeta, pero que ilustran su descripción de como el Paraná y el Uruguay:

*Se encuentran,
y reuniendo sus aguas,*

*mezclando nácar y perlas,
se derraman en el Plata. (18)*

En otro punto, a mitad del libro, se detiene de contar los horrores de Facundo para deleitarnos con una bellísima descripción de Tucumán que comienza, con entusiasmo poético,

“Es Tucumán un país tropical, en donde la Naturaleza ha hecho ostentación de sus más pomposas galas; es el edén de la América, sin rival en toda la redondez de la tierra. Imagináos los Andres cubiertos de un manto verdinegro; de la orla de este vestido doce ríos que corren a distancias iguales en dirección paralela, hasta que empiezan a inclinarse todos hacia un rumbo...” (19)

Y toca en lirismo cuando describe “los bosques que encubren la superficie del país” y nos asegura que:

“en esta vegetación que agotaría la paleta fantástica en combinaciones y riquezas de colorido, revoloteaban enjambres de mariposas doradas, esmaltados picaflones, millones de loros color de esmeralda, urracas azules y tucanes anaranjados. El estrépito de esas aves vocingleras os aturde todo el día cual si fuera el ruido de una canora catarata.” (20)

Pero apenas comenzamos a deleitarnos en uno de esos oasis descriptivos, cuando nos embiste nuevamente el autor con algún otro “ensayo” de horror. Tal vez nos habla de cómo un pueblo, su pueblo argentino, vivió con “extraño y sistemático desquiciamiento.”

De repente se veían las gentes disparando por las calles, y el ruido de las puertas que se cerraban iba repitiéndose de manzana en manzana, de calle en calle. ¿De qué huían? ¿Por qué se encerraban en mitad del día? ¡Quién sabe! Alguno había dicho que venían... que se divisaba un grupo... que se había oído el tropel lejano de caballos. (21)

Eran los jinetes del apocalipsis que siempre se vislumbran en la distancia en su galope macabro, dispuestos a acercarse al menor provocamiento. Facundo fue, por un momento, el prelude de la cabalgata apocalíptica que se oía en la distancia. Y pensar que por tales circunstancias han pasado tantos de los pueblos hispanoamericanos tantas veces!

Tal vez la fuerza literaria de Facundo se deba a su espontaneidad y sinceridad, ya que en el estilo no hay nada científico ni cultivado. Aparece como si Sarmiento lo hubiera escrito al azar, como con un descuido que si acierta es por casualidad. Pero sea cual fuere el secreto, y aunque haya habido incontables opiniones (tantas tal vez, como lectores) en los ciento y más años desde su publicación, acerca de Sarmiento y su Facundo, ambos (autor y libro) se imponen aún como cimas en el horizonte literario de Hispano América.

NOTAS

- (1) Nació en San Juan (Argentina) en 1811. Murió en 1888.
- (2) *Antología del Pensamiento Hispano Americano*, ed. José Gaos, Editorial Séneca, México, p. XLVII.
- (3) *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*, p. 138.
- (4) Ed. M. Alfredo Angulo, Colección "Letras de Oro", Buenos Aires.
- (5) P. 14.
- (6) P. 15.
- (7) P. 22.
- (8) *Historia de la Cultura en la América Hispana*, ed. Tierra Firme, México, 1949, p. 102.
- (9) *Lecturas Americanas*, ed. Roque Esteban Scarpa, Chile, Zig Zag, 1949, p. 501.
- (10) *Ibid*, p. 497.
- (11) *Las Corrientes Literarias*. P. 136.
- (12) Facundo, p. 73.
- (13) *Ibid.*, p. 83.
- (14) *Ibid.*, p. 126.
- (15) *Ibid*, p. 161
- (16) *Ibid.*, p. 167
- (17) *Ibid.*, p. 183
- (18) *Ibid.*, p. 26 y p. 28.
- (19) *Ibid.*, p. 173.
- (20) *Ibid.*, p. 174.
- (21) *Ibid.*, p. 197.